



SÓFOCLES Y EL ENIGMA DE LA IDENTIDAD

EN EL OTOÑO DEL PATRIARCA

José Manuel Camacho Delgado*

Universidad de Sevilla, España

Para el profesor Fernando Gascó, in memoriam

Sófocles y García Márquez

Edipo rey es un libro fundamental en la formación literaria y humanística de García Márquez.¹ También es una de sus lecturas más recurrentes desde la década del cincuenta, según ha confesado el escritor en todo tipo de cuestionarios, encuentros y entrevistas.²

Quien primero tuvo presente la influencia sofoclea en su literatura fue Pedro Lastra. En su artículo "La tragedia como fundamento estructural de *La hojarasca*"³ el crítico marquiano establecía paralelismos argumentales y analogías temáticas que no dejaban lugar a dudas sobre la influencia del dramaturgo griego. Lastra, partiendo del epígrafe con el que se abre la obra, articulaba su teoría sobre las repercusiones que la tragedia de Antígona había tenido en la configuración argumental de *La hojarasca*.⁴ Sin embargo, declaraciones del propio autor e

* Natural de Sanlúcar de Barrameda, Cádiz, España. Doctor en Filología Hispánica de la Universidad de Sevilla, con su tesis *Césares, tiranos y santos en El otoño del patriarca. La falsa biografía del guerrero*. Gran parte de su trabajo investigativo y productivo, está dedicado a la literatura iberoamericana, en especial a la obra de Gabriel García Márquez.

1 José Manuel Camacho Delgado, "El largo viaje de Edipo. De la Tebas de Sófocles al Caribe de Gabriel García Márquez" en *La Casa Grande*, México, Año I, No. 3, febrero-abril de 1997, p. 11-13.

2 A Juan Goytisolo llegó a reconocerle que "El *Edipo rey*, que es la obra que más me ha enseñado sobre todo en toda mi vida, es también la que más me ha enseñado sobre el poder" en García Márquez habla de García Márquez, Bogotá, Rentería Editores, 1979, p. 152. A Julio Cortázar, ante la posibilidad de vivir recluido en una isla desierta, le confesó que además de discos, "trataría de meter de contrabando el *Edipo Rey*"; recogido por Francisco Urondo, "La buena hora de García Márquez" en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, No. 232, abril, 1969, p. 163-168.

3 En *Textos sobre García Márquez*, La Habana, Centro de Investigaciones Literarias, Casa de las Américas, 1969, p. 83-95. Véase en la misma compilación el artículo de Rubén Cotelo, "García Márquez y el tema de la prohibición del incesto", p. 156-161.

4 El texto sofocleo que aparece como epígrafe es el siguiente: "Y respecto del cadáver de Polinice, que miserablemente ha muerto, dicen que ha publicado un bando para que ningún ciudadano lo entierre ni lo llore, sino que insepulto y sin los honores del llanto, lo dejen para sabrosa presa de las aves que se abalancen a devorarlo. Ese bando dicen que el bueno de Creonte ha hecho pregonar por tí y por mí, quiere decir que por mí, y me vendrá aquí para anunciar esa orden a los que no la conocen, y que la casa se ha de tomar no de cualquier manera, porque quien se atreva a hacer algo de lo que prohíbe será lapidado por el pueblo".

investigaciones recientes vienen a demostrar que García Márquez no había leído a Sófocles antes de componer su primera novela.⁵ Fue a raíz de los consejos dados por Ibarra Merlano cuando el narrador cataquero entró en contacto con el trágico griego:

...llegó un día y me dijo [Ibarra Merlano]: todas esas cosas que lees están muy bien pero no tienen piso. Te hace falta una base, y durante dos años me dio una mano de griegos y latines, por la cual le estaré agradecido toda la vida. No es que me prestara a Sófocles; es que me obligaba a estudiarlo, punto por punto, y luego me hacía examen. Y como él era un filósofo católico me hizo leer a Kierkegaard, y el teatro de Paul Claudel. Es que a mí siempre me tocó ir de monstruo en monstruo.⁶

Por su parte, Ibarra Merlano fue testigo de excepción en el nacimiento de *La hojarasca*.⁷ Según el testimonio de García Usta, a él se debe el epígrafe sofocleo con el que se abre la novela:

“Eso de que le tomaba lecciones es parte de la imaginación y la generosidad de Gabo”, señala Ibarra. Según éste lo que ocurrió fue que un día García Márquez apareció por su casa del Pie del Cerro, y como era habitual entre ellos, en esa ocasión, le mostró un fajo de papeles: los originales de *La hojarasca*. Ibarra, que tenía muy honda familiaridad con la literatura griega, leyó la novela con un entusiasmo que creció al final de la lectura cuando advirtió el parentesco de sus elementos con los de la obra sofocleana.

La sorpresa, para él, resultaba aún mayor pues García Márquez no había leído por entonces a Sófocles, lo que comprobaba para Ibarra una de sus intuiciones de creador: la proximidad esencial del mito en todas las culturas, divisables en las grandes obras literarias.

Ibarra Merlano ha contado que cuando García Márquez fue a pedirle su opinión sobre la novela, él exclamó emocionado: “¡Gabo, esto es Sófocles!”. La sorpresa de García Márquez fue, también, enorme. “Entonces –señala Ibarra– fue cuando para prevenir suspicacias decidió escribir el epígrafe de Sófocles en *La hojarasca*”.⁸

5 Jorge García Usta, “El período Cartagena de García Márquez. Desmitificación de una génesis periodística y literaria” en *Historia y Cultura*, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad de Cartagena, año 1, No. 1, julio, 1993, p. 149-227. Para un recorrido exhaustivo por las fuentes literarias manejadas por García Márquez en sus años de formación, véase la monumental biografía publicada por el escritor Dasso Saldívar sobre el escritor cataquero, *García Márquez. El viaje a la semilla*, Madrid, Alfaguara, 1997.

6 Juan Gustavo Cobo Borda, “Comadreo literario de 4 horas con Gabriel García Márquez”, en *Gaceta*, Bogotá, vol. IV, No. 35, 1981, p. 16.

7 Roberto Montes Mathieu, “Gustavo Ibarra Merlano: de Sófocles a García Márquez”, *Gaceta*, Bogotá, No. 39, 1983.

8 García Usta, “El período Cartagena de García Márquez...”, *Op. cit.*, p. 170. Para todo el período de formación del joven novelista véase la obra del mismo autor, *Cómo aprendió a escribir García Márquez*, Medellín, Lealón, 1995.

Lo que sí parece evidente es que el primer contacto con la tragedia de Sófocles fue decisivo a tenor de las repercusiones que se han derivado en su producción novelística. Roberto Córdoba, por ejemplo, ha estudiado la importancia de Edipo Rey en la construcción de un enigma de tipo policial que puede rastrearse en *La hojarasca*, *La mala hora* y *Cien años de soledad*.⁹ Michael Palencia-Roth ha hecho lo propio en *Crónica de una muerte anunciada*.¹⁰ Sin embargo, nadie ha analizado las repercusiones de *Edipo rey* en una obra tan compleja como *El otoño del patriarca*, a pesar de que fue el propio García Márquez quien reconoció que de ninguna obra había aprendido más sobre los enigmas del poder.

La identidad del patriarca, un enigma insoluble

La identidad de los protagonistas es uno de los grandes misterios planteados tanto en *Edipo rey* como en *El otoño del patriarca*. La escritora Carmen Martín Gaité ha señalado que la novela no "trata tanto de una crónica de infamias como de la tragedia interior de un hombre en busca estólida, agresiva y perpetuamente fracasada de su propia identidad, del origen y el por qué de su trayectoria".¹¹ Su vida, y por tanto la biografía insólita que nos ha legado García Márquez, es un jeroglífico cifrado detrás del cual aparece una "identidad ignorada".

Las reflexiones y comentarios realizados por García Márquez en torno a *Edipo rey*, desde 1952, apuntan siempre a una doble dirección: la obra es un ejemplo de novela policíaca¹² y "el drama del hombre en la búsqueda de su identidad y su destino".¹³ Con el paso de los años, ambas lecturas han terminado por fundirse en una sola: "El libro policial genial es el *Edipo rey* de Sófocles, porque allí el investigador descubre que él mismo es el asesino".¹⁴

En el caso de Edipo, la tragedia se desencadena cuando llega éste a conocer su verdadera identidad, tal y como reconoce a Yocasta, su mujer:

Sería imposible que con tales indicios no descubriera yo mi origen [...] ¡Ay, ay! Todo se cumple con certeza. ¡Oh luz del día, que te vea ahora por última

9 Roberto Córdoba, "Aproximación al enigma en la novela de García Márquez: de *La Hojarasca* a *Cien años de soledad*" en *Historia y Cultura*, Cartagena de Indias, año 1, No. 1, julio, 1993, p. 109-130.

10 Michael Palencia-Roth, "Crónica de una muerte anunciada: el antiedipo de García Márquez", *Revista de Estudios Colombianos*, Asociación de Colombianistas Norteamericanos, 1989, No. 6, p. 9-14.

11 Carmen Martín Gaité, "El otoño del patriarca o la identidad irrecuperable" en *Gabriel García Márquez*, editado por Peter Earle, Madrid, Taurus, 1982, p. 211.

12 "Misterios de la novela policíaca", *Textos costeños*, Madrid, Mondadori, 1991, p. 594-595.

13 "El cuento después del cuento", en *Notas de prensa, 1980-1984*, Madrid, Mondadori, 1991, p. 324.

14 Manuel Pereiro (entrevista), "La revolución cubana me libró de todos los honores detestables de este mundo", *García Márquez habla de García Márquez*, *Op. cit.*, p. 209.

Una vez; ¡Yo que he resultado nacido de los que no debía, teniendo relaciones con los que no podía y habiendo dado muerte a quienes no tenía que hacerlo!¹⁵

El hombre más poderoso de la tierra comprueba en sus propias carnes cómo ha sido burlado por el destino, y hasta qué punto su vida ha estado siempre sujeta a designios que poco o nada tenían que ver con la naturaleza humana. Su desgracia viene marcada por su origen. Su identidad revelada es la semilla de su gran tragedia. Muchos han sido los críticos que de una u otra forma han señalado las conexiones del patriarca con el mito edípico, sobre todo en lo referente a las relaciones mantenidas con su madre Bendición Alvarado. Aun sin llegar al incesto, no cabe duda de que el carácter marcadamente infantil del patriarca, sobre todo en sus relaciones sentimentales, acaba derivando hacia una suerte de relación edípica que nunca llega a consumarse. Además de esta vinculación familiar, existen otros detalles, diseminados a lo largo del texto, que traen a la memoria ambas obras. Así, por ejemplo, siempre se habla de la torpeza del patriarca cuando anda, debido a “sus grandes patas de elefante senil”.

Por su parte *Edipo* significa *pie hinchado*. Más que un nombre propio es un apodo que confiere un carácter singular al monarca. Es, además, una seña de identidad fundamental en la resolución del enigma, tal y como pone de manifiesto Yocasta:

Tú, ahora, liberándote a ti mismo de lo que dices, escúchame y aprende que nadie que sea mortal tiene parte en el arte adivinatoria. La prueba de esto te la mostraré en pocas palabras.

Una vez le llegó a Layo un oráculo —no diré que del propio Febo, sino de sus servidores— que decía que tendría el destino de morir a manos del hijo que naciera de mí y de él. Sin embargo, a él, al menos según el rumor, unos bandoleros extranjeros le mataron en una encrucijada de tres caminos. Por otra parte, no habían pasado tres días desde el nacimiento del niño cuando Layo, después de atarle juntas las articulaciones de los pies, le arrojó, por la acción de otros, a un monte infranqueable.¹⁶

Cuando la tragedia está ya a punto de consumarse, se produce el siguiente diálogo en el que las características especiales de los pies del monarca constituyen la prueba de su verdadera identidad:

Edipo. ¿Y de qué mal estaba aquejado cuando me tomaste en tus manos?
 Mensajero. Las articulaciones de tus pies te lo pueden testimoniar.
 Edipo. ¡Ay de mí! ¿A qué antigua desgracia te refieres con esto?

15 Cito la edición publicada en Gredos, Madrid, 1986. La introducción corre a cargo de José Lasso de la Vega, y la traducción y notas pertenecen a Assela Alamillo. La cita corresponde a las páginas 361 y 365. A partir de ahora cito las páginas en el mismo texto.

16 *Ibid.*, p. 338

Mensajero. Yo te desaté, pues tenías perforados los tobillos.

Edipo. ¡Bello ultraje recibí de mis pañales!

Mensajero. Hasta el punto de recibir el nombre que llevas por este suceso.

Además de estos puntos de contacto entre ambas obras, existen otros elementos igualmente interesantes que hacen de *El otoño* una novela deudora de la tragedia sofoclea. Me refiero, por ejemplo, a la importancia que tienen las artes adivinatorias, los augurios, los prodigios, y la lectura e interpretación de la naturaleza donde parece estar cifrada la vida de todos los hombres.

Tanto Edipo como el patriarca llegan a conocer su verdadero futuro y las condiciones reales de su desgracia a través de las artes adivinatorias de un intérprete. En la tragedia griega es Tiresias, vidente ciego al servicio de Apolo, quien revela a Edipo las desafortunadas circunstancias en las que vive:

Tiresias. Afirmo que tú eres el asesino del hombre acerca del cual están investigando.

Edipo. No dirás impunemente dos veces estos insultos.

Tiresias. En ese caso, ¿digo también otras cosas para que te irrites aún más?

Edipo. Di cuanto gustes, que en vano será dicho.

Tiresias. Afirmo que tú has estado conviviendo muy vergonzosamente, sin advertirlo, con los que te son más queridos y que no te das cuenta en qué punto de desgracia estás.¹⁷

La crueldad de tales informaciones hace que Edipo quiera asesinar a Tiresias, y sólo el presentimiento de la verdad inminente hace que ponga freno a su empeño. En *El otoño* es una vidente ciega la que descifra el futuro del patriarca en un pasaje narrativo construido con evidentes tintes legendarios, a caballo entre el texto de Sófocles y las *Vidas de los doce Césares* de Suetonio.¹⁸ A diferencia de Edipo, el dictador de García Márquez asesina a la anciana ciega:

[El patriarca] oyó hablar de una vidente única que descifraba la muerte en las aguas inequívocas de los lebrillos y se fue a buscarla [...] la encontró tullida y medio ciega en el fondo de una alcoba casi en tinieblas, pero cuando ella le pidió que pusiera las manos sobre el lebrillo las aguas se iluminaron de una claridad interior suave y nítida, y entonces se vio a sí mismo, idéntico, acostado bocabajo en el suelo, con el uniforme de lienzo sin insignias, las polainas y la espuela de oro, y preguntó qué lugar era ése, y la mujer contestó examinando las aguas dormidas que era una habitación no más grande que ésta con algo que se ve aquí que parece una mesa de escribir y un ventilador eléctrico y una ventana hacia el mar y estas paredes blancas con cuadros de

17 *Ibid.*, p. 350.

18 *Ibid.*, p. 325.

19 José Manuel Camacho Delgado, *Césares, tiranos y santos en El otoño del patriarca. La falsa biografía del guerrero*, Sevilla, Diputación de Sevilla, 1997.

caballos y una bandera con un dragón, y él volvió a decir ajá porque había reconocido sin dudas la oficina contigua a la sala de audiencias, y preguntó si había de ser de mala manera o de mala enfermedad, y ella le contestó que no, que había de ser durante el sueño y sin dolor, y él dijo ajá, y le preguntó temblando que cuándo había de ser y ella le contestó que durmiera con calma porque no había de ser antes de que cumplas mi edad, que eran los 107 años, pero tampoco después de 125 años más.²⁰

La identidad del patriarca está planteada en la novela como un enigma sin solución aparente, no sólo porque el lector difícilmente accede a los verdaderos datos de su biografía, sino también porque él mismo, como individuo, posee numerosos espacios en blanco en su larga vida de «déspota solitario». Sobre la vida del dictador ningún dato parece seguro. Cualquier biografía comienza lógicamente por la partida de nacimiento. En su caso no hay sólo una, sino tres, como certifica monseñor Demetrio Aldous, “y en todas era él tres veces distinto, tres veces concebido en tres ocasiones distintas, tres veces parido mal por la gracia de los artífices de la historia patria que habían embrollado los hilos de la realidad para que nadie pudiera descifrar el secreto de su origen.”²¹

En el otro extremo de la biografía de un personaje está la fecha de defunción y la edad con que muere. No sabemos el día ni el mes ni el año en que tiene lugar este acontecimiento. La única referencia válida en este sentido aparece al comienzo de la novela: “Durante el fin de semana los gallinazos se metieron por los balcones de la casa presidencial, destrozaron a picotazos las mallas de alambre de las ventanas y removieron con sus alas el tiempo estancado en el interior, y en la madrugada del lunes la ciudad despertó de su letargo de siglos con una tibia y tierna brisa de muerte grande y de podrida grandeza.”²²

Durante la madrugada del lunes el pueblo toma conciencia de que el supuesto tirano —es la segunda vez que lo encuentran— ya ha muerto, pero este suceso bien pudo ocurrir cualquier día de la semana anterior. En realidad, en una novela donde nada se sabe a ciencia cierta, este tipo de datos posee escasa relevancia. Tampoco la información que ofrece su madre justo antes de morir resulta demasiado útil:

... le contaba cómo le echaron su placenta a los cochinos, señor, como fue que nunca pude establecer cuál de tantos fugitivos de vereda había sido tu padre, trataba de decirle para la historia que lo había engendrado de pie y sin quitarse el sombrero por el tormento de las moscas metálicas de los pellejos de melaza fermentada de una trastienda de cantina, lo había parido mal en un amanecer de agosto en el zaguán de un monasterio [...] sólo una adivina de

20 Mondadori, Madrid, 1987, p. 96-97.

21 *Ibid.*, p. 150.

22 *Ibid.*, p. 9.

el circo cayó en la cuenta de que el recién nacido no tenía líneas en la palma de la mano y eso quería decir que había nacido para rey.²³

Sin embargo, a través del testimonio de Bendición Alvarado podemos dibujar la concepción y el nacimiento del patriarca no como un hecho sublime, sino como un accidente femenino más propio del género picaresco que de la literatura heroica, tal y como el protagonista trata de emular en numerosas ocasiones al modo de los caballeros andantes.

Tampoco los recuerdos del patriarca sirven de mucho puesto que la mayor parte de ellos son inventados o poseen resonancias míticas y legendarias procedentes de la tradición literaria. Sus evocaciones solitarias le llevan siempre a reconstruir una "memoria falsa". Se erige a sí mismo como artífice de la historia, ordenador y juez del caos, benefactor de los pobres, en la línea de un Amadís de Gaula o de un héroe clásico. A pesar de estos saltos y entradas en la literatura caballeresca, el patriarca es "consciente de que su infancia real no era ese légame de evocaciones inciertas que sólo recordaba cuando empezaba el humo de las bostas".²⁴ Todo aquello que reconstruye es fruto de la imaginación, el delirio o los sueños de grandeza: "Ni él mismo hubiera podido precisar sin lugar a dudas si de veras eran recuerdos propios o si los había oído contar en las malas noches de calenturas de las guerras o si acaso no los había visto en los grabados de los libros de viajes ante cuyas láminas permaneció en éxtasis durante las muchas horas vacías de las calmas chichas del poder."²⁵

Nada de lo que ocurre en la novela parece ser cierto. Incluso, la muerte del patriarca provoca el escepticismo de la población porque "era imposible reconocerlo aunque no hubiera estado carcomido de gallinazos." "Nadie, ni los más viejos del lugar habían conseguido verlo "y sin embargo sabíamos que él estaba ahí, lo sabíamos porque el mundo seguía, la vida seguía."²⁶

El patriarca y los enigmas policiales

Toda la novela se presenta ante el lector como un gran enigma cifrado, al que voy a llamar "policial", cuyas posibles soluciones escapan a cualquier intento de solución por las vías de la razón y de la lógica. Aunque *El otoño del patriarca* es el logro literario más importante en este sentido, no es el primero ni el último, puesto que, como ha demostrado Roberto Córdoba, el enigma policial ha estado presente desde sus primeros escritos²⁷ y todavía hoy tiene vigencia en buena

23 *Ibid.*, p. 136.

24 *Ibid.*, p. 171.

25 *Ibidem.*

26 *Ibid.*, p.12.

parte de su producción novelística.²⁸ En su "jirafa" titulada "Los misterios de la novela policíaca" García Márquez da su opinión sobre este tipo de literatura:

El mejor enigma detectivesco se derrota a sí mismo porque lo extraordinario de él, que es precisamente lo enigmático, se destruye invariablemente con una cosa tan simple y tonta como lo es la lógica.

Sólo conozco dos excepciones en esa regla: *El misterio de Edwin Drood*, de Dickens, y el *Edipo rey*, de Sófocles. La primera es una excepción, porque Dickens murió precisamente cuando había acabado de plantear el enigma y se disponía a desenredarlo. La muerte le burló la oportunidad a la lógica, así que Dickens se fue a la huesca con su secreto entre pechos y espaldas, y sus lectores se quedaron saboreando para siempre la curiosidad de saber qué le sucedió a Edwin Drood.

La excepción del *Edipo rey* es inexplicable. Es el único caso en la literatura policíaca en que el detective, después de un diáfano y honrado proceso investigativo, descubre que él mismo es el asesino de su propio padre, Sófocles rompió las reglas antes de que las reglas se inventaran.²⁹

Además de estas notas periodísticas, el enigma insoluble aparece en sus primeros escritos como un motivo literario que más tarde va a convertirse en el eje estructural y artístico de la propia creación novelística. Así, por ejemplo, en *La mala hora* no llegamos a saber quién o quiénes son los responsables de los pasquines, y en *La hojarasca* tampoco se llega a resolver qué ha sucedido con Meme cuando desaparece del pueblo y a qué se debe la extraña conducta del médico francés.

En *Cien años de soledad* la incorporación del enigma se hace a través de diferentes motivos literarios —el asesinato de José Arcadio Buendía o las muertes de los diecisiete hijos del coronel Aureliano Buendía— y la propia estructura novelística. Para muchos de los protagonistas de *Cien años de soledad* la identidad propia es un misterio. Los varones, a partir de la tercera generación, ignoran que proceden de Pilar Ternera por vía materna con lo que el incesto es una amenaza constante para la continuidad familiar. Sólo el último de los Buendía, Aureliano Babilonia, llega a descubrir su verdadera identidad descifrando los pergaminos de

27 Roberto Córdoba, "Aproximación al enigma en la novela de García Márquez: de *La Hojarasca* a *Cien años de soledad*", *Op. cit.*

28 Véanse, por ejemplo, los artículos de Ángel Rama, "García Márquez entre la tragedia y lo policial", en *Sin Nombre*, octubre-diciembre, 1982, No. 20, p. 12 y ss. y Kathleen N. March, "Crónica de una muerte anunciada: García Márquez y el género policíaco", en *Inti*, Nos. 16-17, 1982-1983, p. 61-70; Ana María Hernández de López, "Sentido detectivesco en *Crónica de una muerte anunciada*", en *Cuadernos de Aldeu*, noviembre, 1987, vol.3, No. 2, p. 105-114; Manabendra Bandyopadhyay, "A Detective Story Turned Upside Down: Did They Not Warn Santiago Nasar?", en *García Márquez and Latin America*, Alok Balla & Ramesh Mohan edits., New York, 1987, p. 89-100.

29 *Textos costeños*, *Op. cit.*, p. 595.

Melquíades. Su descubrimiento revela su tragedia. Una vez más *Edipo rey* está presente en la fabulación del escritor colombiano.³⁰

En realidad hay decenas de enigmas insolubles en *Cien años de soledad* utilizados como motivos literarios. No obstante, la aparición de los manuscritos de Melquíades como un texto dentro de otro texto traslada el enigma a la propia estructura novelística³¹ y hace de la obra "una adivinanza del mundo".³² Poco después de escribir *Cien años de soledad* García Márquez hacía las siguientes declaraciones: "Yo creo que toda novela es una representación cifrada de la realidad —o como he dicho alguna vez: una adivinanza del mundo— pero esta representación, a cualquier profundidad y a cualquier latitud, tiene una naturaleza propia, con sus leyes precisas e inviolables".³³

No debemos olvidar que estas palabras pertenecen a 1972, cuando *El otoño del patriarca* está en plena fase de creación. Creo, además, que ninguna novela del escritor colombiano ofrece una adivinanza tan compleja sobre el poder, el amor y el destino de los hombres. Ninguna de sus obras ofrece tantos enigmas insolubles.

Una última reflexión antes de centrarnos nuevamente en *El otoño del patriarca*. En 1981 se publica una de sus obras más aclamadas, basada en un hecho real; me refiero a *Crónica de una muerte anunciada*. En esta novela el enigma policial no es sólo el motivo central de la novela, sino la base de toda la arquitectura narrativa en un grado de originalidad que permite al narrador desplazar el centro de atención de los principales referentes —víctima, asesinos, móviles, testigos—, para circunscribirse a otros motivos tales como el fatum que domina la vida de los hombres, lo absurdo de las venganzas rituales o la verdadera identidad del protagonista que acaba con la virginidad de Ángela Vicario. Este último es uno más, y quizás el más señalado, de los muchos enigmas insolubles que jalonan su trayectoria novelística.³⁴

En este amplio contexto que va desde *La hojarasca*, su primera novela, a *Crónica de una muerte anunciada* (1981), la obra escrita inmediatamente después de *El otoño*, debemos situar la historia del patriarca. En todas ellas hay un alejamiento deliberado del enigma clásico desarrollado de forma mayoritaria en la

30 Michael Palencia-Roth, *Gabriel García Márquez. La línea, el círculo y la metamorfosis del mito*, Madrid, Gredos, 1983, p. 98.

31 Michael Palencia-Roth, "Los pergaminos de Aureliano Babilonia", *Revista Iberoamericana*, Pittsburg, abril-septiembre, 1983, Nos. 123-124, p. 403-417. A esta conclusión llega también Roberto Córdoba en su artículo ya citado.

32 Armando Durán (entrevista), "Conversaciones con Gabriel García Márquez", *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, 1968, p. 28.

33 Gabriel García Márquez y Plinio Apuleyo Mendoza (entrevista) "El encuentro de dos camaradas", en *García Márquez habla de García Márquez*, *Op. cit.*, p. 87.

34 José Manuel Camacho Delgado, "Crónica de una muerte anunciada. La reescritura de la Historia", en *Huellas*, Revista de la Universidad del Norte, Barranquilla, No. 41, agosto, 1994, p. 6-18.

novela policiaca. Para García Márquez, el enigma perfecto no es aquel que se resuelve conforme a los principios de la lógica, sino el insoluble o, en su defecto, el que se resuelve destruyendo la lógica y las propias reglas del juego.³⁵ El mejor ejemplo: la historia de *Edipo rey*. Su actitud hacia todo lo misterioso, enigmático y hacia todo lo que suponga una adivinanza del mundo, se ajusta perfectamente a su formación cultural. Una cultura que funde en el mismo crisol la magia y la realidad, y origina así el llamado realismo mágico.

El otoño del patriarca es un enjambre de enigmas, algunos de los cuales son de naturaleza policial, otros de tipo folclórico. Unos tienen solución racional, y buena parte de ellos, sobre todo los importantes, permanecen como signos puros, en los que no es posible el desciframiento y, a veces, ni siquiera la interpretación. Con esta novela García Márquez lleva a cabo una de las enseñanzas más importantes que le ofrece Sófocles: en algún lugar del conocimiento la gran literatura y el enigma conviven y se necesitan.

El enigma provoca la complicidad del lector, le hace partícipe de su misterio, lo convierte en un lector in fabula. Arrastrado por la falta de información, éste se ve obligado a inventar y a recomponer en la medida de lo posible todos aquellos interrogantes que hacen de la novela una obra críptica y vedada, un monumental jeroglífico literario.

Uno de los enigmas policiales más llamativos de *El otoño* tiene lugar con el asesinato de su mujer, Leticia Nazareno, y de su hijo Emmanuel, en cuya resolución se utilizan los servicios de José Ignacio de la Barra, “32 años, siete idiomas, cuatro marcas de tiro al pichón en Dauville, sólido, esbelto color de hierro, cabello mestizo con la raya en el medio y un mechón blanco pintado, los labios lineales de la voluntad eterna [...] el hombre más valiente que habían visto mis ojos, madre, tenía una paciencia sin esquinas, sabía todo, conocía setenta y dos maneras de preparar el café, distinguía el sexo de los mariscos, sabía leer música y escritura para ciegos”.³⁶

La descripción de este personaje es una parodia del detective infalible, del superagente perfecto. Sáenz de la Barra se presenta como un personaje superior a los inmortales protagonistas de autores como Raymond Chandler, Dashiell Hammett o su tantas veces citado Conan Doyle. El patriarca acepta que sea Sáenz de la Barra el responsable de las investigaciones.

Sin embargo, José Ignacio Sáenz de la Barra es ante todo un verdugo, un matarife sin escrúpulos, un personaje ficticio sacado de la historia más trágica y sórdida de América Latina. Su actuación se traduce en una ejecución indiscriminada de todo aquel que resulta sospechoso de conspirar contra el patriarca. A la mansión del poder llegan sacos y sacos de cabezas cortadas con sus respectivos cer-

35 Roberto Córdoba, *Op. cit.*

36 *El otoño del patriarca*, *Op. cit.*, p. 205-206.

tificados de defunción que acaban por poner al propio dictador en una posición inferior. Primero son personas alejadas de los círculos del poder los que son ejecutados; pero conforme va pasando el tiempo y los enemigos van siendo exterminados, serán los propios colaboradores del patriarca los que aparezcan decapitados en los sacos de fique. El círculo se estrecha hasta tal punto que el propio patriarca se siente amenazado y sueña que se ha "convertido en un animal de un solo dedo que iba dejando un rastro de huellas digitales en una llanura de cemento fresco".³⁷

Sáenz de la Barra acaba siendo víctima de su violencia. Cuando sus maldades se hacen insostenibles para el pueblo y para el propio poder es "castigado por la justicia ciega de las muchedumbres (...) macerado a golpes, colgado de los tobillos en un farol de la Plaza de Armas y con sus propios órganos genitales metidos en la boca".³⁸ Su ajusticiamiento se produce cuando está a punto de descubrir que el patriarca, quizás sin saberlo por su creciente falta de memoria, es el asesino de su familia,³⁹ como ya lo fuera siglos antes el propio Edipo, quien había acabado con la vida de su padre, el rey Layo. ¿Es el patriarca el responsable del doble asesinato? A diferencia de *Edipo rey*, el patriarca interrumpe la investigación cuando está a punto de convertirse en el verdadero responsable de su tragedia. La preservación de su identidad y el anonimato del fratricidio le permiten seguir ostentando el poder hasta que muere derrotado por la vida, tal y como había sido pronosticado en el agua inequívoca de los lebrillos.

La identidad de cualquier persona se traduce en una serie de actos y comportamientos desarrollados a lo largo de toda una vida. La identidad de cualquier personaje tiene un carácter individual e intransferible, sirve para otorgarle un espacio propio dentro del universo narrativo.

En el caso del patriarca, su identidad, basada únicamente en el ejercicio del poder, posee una ambigüedad de tal calibre que no permite dibujar la silueta del dictador con un mínimo rigor. Es posible que, como dice el propio García Márquez, el modelo más cercano para construir a su personaje fuese Juan Vicente Gómez,⁴⁰ el dictador venezolano, pero el patriarca dista mucho de ser el mero trasunto de una figura histórica. Más acertado sería analizar sus características personales y su configuración literaria como el resultado de esa "colcha de infinitos remiendos de todos los dictadores de la historia del hombre que es el viejo Patriarca".⁴¹

La ambigüedad del patriarca, su identidad confusa y su carácter difuminado lo convierten en un personaje sin asideros en la realidad, una criatura atemporal

37 *Ibid.*, p. 208.

38 *Ibid.*, p. 235.

39 Seymour Menton, "Ver para no creer: *El otoño del patriarca*" Gabriel García Márquez, editado por Peter Earle, Madrid, Taurus, 1982, p. 199.

40 Manuel Pereiro (entrevista), "La revolución cubana me libró de todos los honores detestables de este mundo", *García Márquez habla de García Márquez*, *Op. cit.*, p. 209.

41 Entrevista de Juan Goytisolo, *Op. cit.*, p. 152.

que se define únicamente por la repetición invariable de los mismos actos, pero que no puede ser recordada por ningún habitante de su pueblo.

Una de las voces de la novela, cuando ya el patriarca ha muerto y su cuerpo ha sido reconstruido para que se parezca a la imagen de su leyenda, dice de él:

Nunca supimos quién fue, ni cómo fue, ni si fue apenas un infundio de la imaginación, un tirano de burlas que nunca supo dónde estaba el revés y dónde estaba el derecho de esta vida que amábamos con una pasión insaciable que usted no se atrevió ni siquiera a imaginar por miedo de saber lo que nosotros sabíamos de sobra que era ardua y efímera pero que no había otra, general, porque nosotros sabíamos quiénes éramos mientras él se quedó sin saberlo para siempre.⁴²

El patriarca se queda sin saber quién es porque dentro de la novela no funciona como un personaje, sino como un arquetipo. En su configuración literaria están resumidos los principales rasgos de todos los dictadores y tiranos que de alguna forma han tenido relevancia en la historia. Las características que definen al patriarca no funcionan, por tanto, en el nivel individual sino en el colectivo.

Él no es una criatura más del universo narrativo de García Márquez, sino un modelo, un compendio del poder ejercido en todos los lugares y en todas las épocas. Por ello, la tragedia del patriarca tiene el mismo recorrido que la historia de Edipo, rey de Tebas, pero en un sentido contrario: se convierte en el hombre más desgraciado de la tierra porque no llega a conocer su identidad, planteada como un misterio, como un enigma insoluble.

42 *El otoño...*, *Op. cit.*, p. 265.